

ANALES DEL ATENEO

DEL URUGUAY

AÑO II — TOMO IV

MONTEVIDEO, FEBRERO 5 DE 1883

NÚMERO 18

Periódicos y periodistas, “El Siglo,” “La Razon,” etc., etc.

POR HAROLD

Los tiempos no están para preámbulos y oberturas.—Méenos están todavía para lógicas, cronologías y ni siquiera para la gramática castellana.—¿Tiene Vd. alguna idea?—Pues espóngala claramente, aunque sea á galicismo ó barbarismo por línea.—Esta es la cuestion.

Los tiempos son de notas, rasgos generales y bocetos.—Gracias que un motin general ó una paliza idem no interrumpa la línea y el boceto!

Por eso, yo escribo notas, nada mas que notas.

—Sobre qué?—Sobre (si á Vd. le gusta, lea: *acerca de, respecto de*, que á mí me es indiferente) sobre periodistas, periódicos, editores, etc., etc., pero, entiéndase bien, sin órden, unidad, ni ilacion, pasando de un periodista á otro, de este diario á aquel, empezando por el medio y concluyendo por el principio.

¿Se espeluzna por ahí algun anticuario, de esos que han desconocido su mision y escriben libros y tablas de logaritmos en vez de estar en un escaparate de museo, resguardos del aire y de la luz?

Mejor! Yo no escribo para ninguna vidriera ni para el Dr. Mascará y Sosa, aunque es Bibliotecario y aunque él ha escrito admirables páginas de literatura hebraica, anterior á Moises y al pueblo judío, sino para mí y para darme el gusto de introducir el desórden en medio de tanta uniformidad, tanta ciencia y tanta lógica como las que lucen en las páginas de los ANALES.

Per troppo variar natura á bella. Aunque no fuera más que

por variar, ¿no podría introducirse también un poco de desorden en otras cosas más ordenadas todavía que "Los Anales," en ese concierto, por ejemplo, lleno de dianas triunfales y de sublimes armonías que dirige el escogido protector de este afortunado país?

A mi pesar, tengo que resignarme.—Allí no hay otra batuta que la espada y yo no puedo cambiar por esta mi pluma, ni manejar las dos, como lo han hecho tantos ilustres varones, entre los cuales recuerdo á Jenofonte y á don Juan de la Granja, el congénere metafísico de Moncayo y de un afrodisiaco secretario que Dios guarde en santa compañía.

Con don Juan y con Moncayo, he nombrado á dos redactores castrenses, que evocan la memoria de dos diarios y de una soldada.

La asociación de ideas me conduciría aquí á hablar de tales diarios (suprimiendo la soldada para evitar recuerdos importunos) pero la asociación implica algo de orden, de encadenamiento, y yo estoy en materia de ideas por la dispersión, guardando en esto analogía con las fuerzas inteligentes del país, que yacen, por fortuna, dispersas, trunca y desparramadas hasta el día del juicio, para reunirse y congregarse en un solo haz, así que resuenen y aparezcan los formidables sacudimientos y las apocalípticas visiones del Evangelista, estoy por la dispersión de ideas, decía, y por consiguiente empezaré mis notas por otros periódicos y periodistas.

* * *

El primero que se me ocurre es "El Siglo," gran diario, gran formato y gran circulación, sea dicho esto último sin mengua de aquel otro diario de las sucesivas encarnaciones como Vichnou, aunque conservando el mismo espíritu..... de cuerpo.

Hará veintiuno ó veintidos años—pues la exactitud de fechas no hace al caso, ni soy yo fuerte en cronología—que se fundó "El Siglo" y se estableció la Imprenta del mismo nombre por la cual debía aparecer.

Fué Mr. Adolfo Vaillant quien, fundándolo,—y esto sí que es importante decirlo,—introdujo dos cosas en su imprenta: los anteojos, unos anteojos como yo no he visto otros, desmesurados, fulgentes, de facetas y reflejos tan vivos y luminosos que herían la vista con su deslumbrante brillo, y el *centímetro*, destinado á conmensurar por todas sus alturas y costados las columnas del nuevo coloso, nacido á la vida en el "Cubo Norte" de esta ciudad, á

dos cuadras de la ribera, para crecer siguiendo la línea de las antiguas fortificaciones y llegar á su plenitud á orillas del Plata, bajo los fuegos del fuerte "San José" y al alcance de las encespadas olas que venían á bañar su pié en los días de pampero.

Sitios de combate los elegidos! Las *Bóvedas*, lienzos de muralla de la colonial plaza, todavía enhiestos; los viejos cañones de la conquista, de la independencia y de la defensa, colocados como legendarios atalahayas en la esplanada y sobre los muros de la derruida fortaleza; el río á veces desbordado, estrellándose como mar furioso en las escarpadas rocas, todo, todo convidaba á la batalla.

Así fué de batallador *El Siglo!*

Pero volvamos á los anteojos y al centímetro de Mr. Vaillant, que no me llama á mí la vocación por el lado de retóricas y floreos.

Confieso que me imponían sobremanera. Daban á su dueño el aspecto de un Argos, defendiendo la entrada de la imprenta. Era difícil conocer si los ojos que tras de ellos se escondían, estaban abiertos ó cerrados, miraban ó no miraban.

Agreguen ustedes á esto que Mr. Vaillant siempre se colocaba de perfil, y comprenderán cuán imposible era leer en sus miradas.

Yo nunca leí nada: apenas si vislumbré, por el ángulo del lente, el cristalino del ojo, pero lo que es la pupila, foco de luz y del pensamiento, esa no la vió nadie, ni Dermidio De-María, que mira en proyección por debajo del ala del sombrero.

Alguna vez fuí á pedirle que me publicara una "Balada á la Luna", ó un discurso fúnebre por el estilo de los que hacía en la otra orilla Pastor Obligado, pero los anteojos de Mr. Vaillant me hacían retroceder, y me quedaba con mi balada en el pecho y mi discurso en la mano, maldiciendo de mi suerte y del bárbaro que inventó los vidrios de aumento.

Ah! y la voz? Qué silbidos ni qué víboras de la cruz! Aquello era una ruptura de la laringe con vibraciones de chasquido, prolongadas, nerviosas y cargando de una manera tal en las *erres*, que no había más que irse, tapándose los oídos.

Jamás me atreví á dirigirle la palabra, jamás, temeroso de los resplandores de sus anteojos, que parecían iras cristalizadas, y de esa voz que sacudía como corriente eléctrica.

Pero esos anteojos, que á mí tanto me impresionaban, introdujeron en la imprenta el respeto y la autoridad. Servían para algo más que para reparar la debilidad de unos ojos cansados por el

estudio y el trabajo: allí, en la dirección del diario ó en los talleres de composición, eran el signo visible de una voluntad y de una fuerza, tan inteligente la una como la otra; eran la visión interna de la regularidad y el orden, duplicada en un solo hombre y reflejada al exterior en unos vidrios que todos esquivaban.

El centímetro tenía también su significado especial. Era medida, pero era á la vez símbolo. Introduciéndolo Mr. Vaillant, introducía en su imprenta el principio de la igualdad, de la responsabilidad, de la retribución segura del trabajo, que hasta entonces nunca ofreció iguales garantías á esa laboriosa colmena de impresores y operarios ocupada de dar formas materiales al pensamiento. Eso significaba el centímetro. Medida de distancia y medida de responsabilidad.

Con ella en la mano, Mr. Vaillant daba tono y dirección á todos los empleados de su imprenta. El centímetro servía para medir el diario y medir el deber de cada uno. No era el infatigable Director quien se quedaba atrás en este punto.

Tenía, en efecto, la prodigiosa actividad de su amigo Joseph Garnier, el Secretario perpetuo de la Société de Economie Politique, y como Garnier, daba preferencia, entre los estudios económicos, á los estudios prácticos sobre estadística y finanzas.

Estas tendencias de su espíritu se vieron pronto reflejadas en *El Siglo*, iniciando por primera vez en nuestra prensa diaria cuestiones de inmediata aplicación económica, de rentas, cálculos de consumo, censo, estadística general y otras análogas.

Inteligencia clara y analítica, preparada por la observación y el estudio, fortificada por el trabajo constante y hábitos de orden, Mr. Vaillant imprimió á la dirección interna de *El Siglo* la marcha de un establecimiento serio, metódico, ilustrado, y á las secciones del diario en que colaboraba, el sello de sus tendencias económicas en la más alta acepción que pueda darse á esta frase. Tal fué el fundador del coloso nacido hace veintiuno ó veintidos años en el Cubo Norte de esta ciudad.

* * *

Decía yo que el sitio del nacimiento había sido bien elegido. Réstame ahora añadir que hubo también oportunidad en la aparición de *El Siglo*.

No diré que D. Bernardo Berro fuera Carlos X, pero sí que aquella era época de un *cambio de dinastía*.

Estábamos en los preludios de pasar de los Borbones á los Orleans. No se enojen los blancos, porque los Borbones llevan bandera blanca y representan la legitimidad. Estábamos en tales patrióticos preludios, repito, cuando Mr. Vaillant, como Mr. Miguet fundando *El National* en Francia para preparar la entrada de los Orleans, fundó *El Siglo* para preparar la entrada de los colorados y la salida de las ideas liberales.

Buen sitio, buena oportunidad y buena mano para echar pollos!

Quiero referirme al personal inteligente del diario.

El primer nombre que á este propósito me ocurre es el de su actual gacetillero, Dermidio De-María. Decir que tiene ingenio, es casi un pleonismo. Pero el gacetillero de hoy no es el cronista de ayer.

La sátira de aquellos tiempos, la risa, ya franca y abierta, ya sardónica y mefistofélica, que Mr. Vaillant quiso mostrarnos en *El Siglo*, echándole con ojo de halcón la mano á De-María para que éste se riera, haciéndonos reír, se ha eliminado, comprimido, retirado por completo de la gacetilla para dar lugar á narraciones científicas y sesudas reflexiones.

Otros tiempos, otros gustos! dirá nuestro cronista. — En cuanto á mí, me quedo con los pasados. — Eran más artísticos, más abnegados, de más nobles impulsos, aunque nó, justo es decirlo, más liberales que los presentes.

Escribía entonces De-María con el *stylus* metálico con que Mr. Stein se caricatura á sí mismo en *El Mosquito* de Buenos Aires, y nó con esas plumas finas, pequeñas, pulidas, propias para hacer planas y escribir sobre rayado, que ahora usa y que se ven de repuesto en su escritorio al lado de tiras de papel, perfectamente cortadas y alineadas.

Quantum mutatur ab illo! Entonces, nada de semejantes plumas y de semejantes cuartillas; nada tampoco de anteojos, que estos solo los llevaba Mr. Vaillant.

En el primer pedazo de papel que venía á la mano, y sobre una mesa sin labrados ni dibujos, grande, extensa, en que se sentía el *tacto de codos* de los demás compañeros de trabajo, escribía el chispeante cronista una noticia, una sátira, un suelto que al día siguiente servía de tema á las conversaciones y era comentado largamente á expensas de la autoridad (como ahora!) ó personaje que había caído bajo la punta acerada de su *stylus*.

De-María sabe hoy más, mucho más; se ha ilustrado con lecturas

continuadas sobre viajes, costumbres, artes, conocimientos útiles, etc., etc., pero ha plegado su risa y reconcentrado su espíritu festivo que otrora acudía á cada instante á sus labios y se desbordaba en sus críticas.

Con tal cronista, la crónica de *El Siglo* se impuso desde el primer día y marcó una época ascendente de progreso en la sección amena de nuestra prensa.

No venía aquel, sin embargo, á hacer sus primeras armas en el periodismo y en la crítica. Sobran testimonios, si la notoriedad no bastara.

Cuando la aparición de *El Siglo*, ya hacía tiempo que su cronista había mostrado las primicias de su ingenio en "hojas" y "gacetas" tiradas á mano, que otros más viejos que él leían complacidos, aplaudiendo sus halagüeños ensayos.

Dermidio, decía Hernandez, el librero y el editor Hernandez, de quien hoy nadie se acuerda, Dermidio, decía, "será nuestro mejor cronista".

El herrero *debe entender algo de fierros*, como ha dicho otro viejo que ha hecho gemir las prensas con sus obras, y el vaticinio de Hernandez no fué desmentido.

El cetro de la crónica lo adquirió De-María en las columnas de *El Siglo*. Hoy mismo lo conserva, aunque no es el cronista de las primeras épocas.

De ordinario, narra, enseña, ilustra con referencias históricas y de costumbres, tan selectas como significativas para la actualidad social y política, pero si quiere, puede aún levantar roncha y pasar de la epidermis.

Tiene todavía la mano fuerte y hábil para cambiar, si es necesario, la pluma inglesa conque escribe por el duro *punzon* que ántes esgrimiera.

No cito ejemplos, porque de ellos no guardo notas y porque soy suscriptor de *El Ferro-Carril* y de otros diarios.

Chispa, ingenio, frase correcta, todo esto reúne De-María, y ahora, añadan ustedes una particularidad, adquirida sin duda en el oficio: que no es una facultad, ni una aptitud, ni una manifestación general del espíritu, porque en él es un instinto.

Se abre un periódico de acá ó de cualquier parte, y mientras ustedes y yo leemos el título, De-María ha encontrado ya la noticia ó el artículo que interesa, el mejor, el único que de tal periódico deba trascribirse!

El instinto de encontrar lo apropiado, él lo posee por todos los redactores y gacetilleros juntos. Lo aplicará de este ú otro modo, según las *circunstancias* y el diario en que escriba, pero lo posee. Puede pasar á otro sus tijeras, seguro de que ya no cortarán lo mismo, por más que las afilen.

¿Desean ustedes, en conclusion, una línea final de este boceto? —Ahí vá.

Dermidio De-María no se habría sentido intimidado escribiendo la sección *Hechos diversos* de *El Figaro* ó puesto en el caso de continuar una gacetilla empezada por Manuel del Palacio. Tiene inteligencia y riñones para eso y más.

*
* *

Buen ojo y buena mano los de Mr. Vaillant! Lo probó eligiendo tal gacetillero, y lo probó en la elección de los redactores.

José Pedro Ramirez, Fermín Ferreira y Elbio Fernandez, fueron los primeros redactores de *El Siglo*. No hago respecto de los dos últimos una afirmación categórica, y admito por consiguiente cualquier rectificación de fecha. Ya he dicho que en cronologías no soy fuerte y excuso repetirlo una vez más.

La pluma de Florencio Varela había pasado á Juan Carlos Gomez, y despues que este se refugió en Buenos Aires, había permanecido en lo alto, como la de Cido Hamete Benengeli despues que Cervantes escribió el Quijote.

Mr. Vaillant se atrevió, la descolgó y se la pasó á Ramirez. Era digno de recibirla el novel redactor! No fué un ascenso, previas algunas pruebas en picaderos y torneos de parada.

José Pedro Ramirez tomó la prensa por asalto, como la toman los periodistas de raza, como el perdiguero coge en el aire su ave, como el bull-dog se avalanza á su presa, seguro de su instinto y de su fuerza.

Bajó al estadio, ó subió, como ustedes quieran, se instaló en la redacción y empezó á escribir largo y tendido, á *naranja amarga por editorial*. Así iban estos! saturados de un agri-dulce que no había más que pedir.

El ácido cítrico recorría su camino, y de la naranja se transmitía al papel en forma de pensamientos, pasando por el redactor. Á bien que entónces con lo ménos que se tiraba era con perdigones! Había fusiles en las casas de los ciudadanos. Hoy, las casas están

vacías de fusiles y de ciudadanos, hasta que paso la estacion de verano.

— Bandera al viento! gritó Mr. Vaillant.

— Bien! aquí está la mía, respondió José Pedro Ramirez, y la puso en la primera columna de *El Siglo*, como si dijéramos al tope del palo mayor del buque, rompiendo el fuego contra beligerantes, cruceros y piratas y contra la propia armada en los días en que el mar estaba libre de enemigos.

El pabellon no siempre cubria la mercancía, aunque ésta fuera de las mismas costas, pero doblamos la hoja hasta el momento en que escriba notas políticas. Hoy son de meras referencias, sin ir al fondo de las cosas. Ya echarémos la sonda y lo examinaremos en oportunidad. Sigamos ahora sin pasar de la superficie.

Con Ramirez habia encontrado Mr. Vaillant el redactor que necesitaba para su diario. La generacion nacida á la vida bajo los fuegos de la guerra de nueve años, tenia en él una de sus mejores encarnaciones, la mejor, sin duda, para las luchas de la prensa!

Así, no eligió terreno, ni sombra, ni armadura.

Se paró firme, sereno, alzada la visera y pronto á devolver golpe por golpe, provocando al ataque, ántes que esperándolo.

— Aquí está mi bandera y aquí está un hombre, dijo Ramirez — Tirad...!

Era una arrogancia, pero no le sentaba mal á sus bríos y á sus años, porque siempre puso el pecho á los golpes, fuerte la mano, alta la frente... hasta el día el en que se cayó al agua!

Quién no se ha caído! Solo están libres de peligro los que miran el combate desde la ribera al calor de las caricias femeniles.

No le sentaba mal la arrogancia, repito, no le sentaba á quien todo lo esponia en la demanda: bienestar, reputacion, nombre, fama, por la religion de sus principios.

Cuáles fueron? No quiero ahora discutirlos. Solo diré que Ramirez los defendió como bueno y como bravo.

Tiene este periodista (que sea dicho entre paréntesis, escribió lo mismo el primer día que al año de prensa) una cualidad dominante arriba de todas las otras cualidades: deja la señal!

Podrá saberse más, escribirse mejor, con más vuelo, con más brillo, dominar más una cuestion, pero yo no conozco periodista alguno de nuestro país, como lo ha observado un constitucional, que clave su garra en el adversario como la clava José Pedro Ramirez.

Y esto era lo que queria Mr. Vaillant para su diario: un redactor que dejara la señal. Lo tuvo, y con él tambien tuvo á Elbio Fernandez y á Fermin Ferreira.

*
* *

Habia una bandera y una idea comun. Ramirez le infundía su fuerza y su entusiasmo; Elbio Fernandez, su juicio reflexivo; Fermin Ferreira, su imaginacion.

El Siglo quedaba montado como para salvar toda clase de obstáculos. La máquina podia ya marchar.

Elbio Fernandez! Cuánta pena experimento al recordar la muerte del ciudadano que llevaba este nombre, hoy por muchos olvidado!

Fuó en las "Sesiones de las Cámaras" donde empezó su vida de periodista. Pronto pasó al editorial.

No era un combatiente que se echa á plomo, á cuerpo perdido, en los remolinos de la prensa, pero sí un pensador á quien se escuchaba con respeto. El silencio se hacia á su alrededor para oír su palabra, ó mejor dicho, su razonamiento.

Escribia editoriales, como escribia sus vistas de Fiscal. Un poco más de calor al exterior: hé ahí toda la diferencia. Lógicos, sanos, austeros, así eran sus editoriales como sus vistas.

El estilo, el temperamento y la fisonomía se armonizaban. Serenidad de rostro, de alma y de razon. — Eso era Elbio Fernandez.

Su palabra lo tradujo todo en *El Siglo*, mezclada á veces de cierta melancolía que se reflejaba en su semblante y en la habitual inclinacion de su cabeza inteligente.

No se hacia esperar, sin embargo, en el momento del peligro.

Si Ramirez se hubiera visto acorralado, rodeado de enemigos que hicieran dudoso el triunfo, él habria acudido en la hora suprema, como Desaix, para vencer ó soportar juntos la derrota. Tenia inteligencia, ilustracion, virtudes ingénitas, y, sobre todo, convicciones sinceras. Este era el rasgo prominente de su personalidad.

Periodista de propaganda, más que de combate, llevó á *El Siglo* algo de sentencioso, de dogmático, de espíritu universitario con un sabor que recordaba frecuentes y detenidas lecturas de Guizot, Benjamin Constant, Tocqueville y Federico Bastiat, pero con un fondo que parecia provenir de la escuela estóica.

Fernandez no habria negado la libertad, como Lucano, despues de haberla ensalzado.

Hoy no sabríamos qué puesto darle en nuestra vida política, si no fuera el de condenarlo á escuchar por ahí, que quienes se habrían honrado en llegar hasta él y en imitar su vida, podían, sin embargo, ofrecerle más alto ejemplo de austeridad y de civismo.

Entónces era, como ustedes lo han visto, aquel de los redactores de *El Siglo* que marcaba su personalidad, y por consiguiente al diario mismo, con el sello del estudio, la reflexion y las firmes convicciones.

* * *

Y el otro redactor? Ya lo he dicho: Fermín Ferreira era la imaginacion. Oh! y qué imaginacion! la más brillante, la más poética de los escritores de su tiempo.

Inflexible la ley de las compensaciones de la naturaleza, que hasta en el cerebro humano se cumple!

Parecía que Ferreira le había hecho cesion de su lógica á Elbio Fernandez.

“Á mí me basta con la inspiracion”, se había dicho. Y tenia razon. Le bastaba, le bastaba para escribir y hacerse leer durante veinte años!

La sensibilidad de la redaccion — del diario — por decirlo así, estaba refundida en el alma de Fermín Ferreira.

Más allá del razonamiento frío, del apóstrofe hirviente, del anatema, ¿se queria la imprecacion, la arenga tribunicia, la elegía trisísima, impregnada de dolor? Pues entónces tomaba su puesto el escritor-poeta en las columnas de *El Siglo* y llamaba en su auxilio á las musas y los dioses, y conjuraba por la patria á los enemigos, y cantaba al amor, á la concordia, á la esperanza de más bellos días, con arranques de lirismo, con fuego, con uncion profética, que nos hacia olvidar las heridas recibidas y amar al adversario, como si en la República no hubiera corazones perversos, sino puros y abnegados.

Y no creais que despues, cuando había terminado su artículo, se trasformaba, nó; quedaba el mismo, era el mismo siempre.

Su inspiracion no necesitaba la trípode; su lira, el martillo; ni su palabra, el aceite de la lámpara.

Espontaneidad, se llamaba su produccion intelectual, y así, todo era en él espontáneo: verso, prosa, oratoria.

No tengo gran predileccion por los oradores, aunque los ad-

miro, pero confieso que cuando el escritor-poeta iba á hablar en la imprenta de *El Siglo* con motivo de cualquier manifestacion popular, le perdía el miedo á los anteojos de Mr. Vaillant, y era yo el primero en acudir á la cita.

¿Sabeis cuál es el signo que dá el público de tener ante su presencia á un verdadero orador? La confianza; nadie duda, y todos se entregan, sin temor ni sobresalto, á una fuerza que se impone, á una palabra que llena los ámbitos.

Pues esa confianza experimentábamos nosotros al escuchar á Fermín Ferreira.

Podía perderse en su peroracion; cambiar de tema, de ideas; faltar á la lógica; incurrir en contradicciones tan flagrantes como querais; pero había allí dos cosas inagotables: las armonías de su voz y el sentimiento, una voz que emocionaba, un sentimiento que llegaba al corazon.

Su acento tenia misteriosas vibraciones. Daba la nota que apasiona y exalta.

El dolor, la justicia, la libertad, resonaban con estrépito en su pecho y salian de sus labios entre lágrimas y alegrías.

Mr. Vaillant quiso esas armonías para su diario, y buscó el corazon y la mente que las encerraba.

Fermín Ferreira y Artigas cantó, pues, al lado del raciocinio de Elbio Fernandez y de la maza que esgrimia José Pedro Ramirez.

Ahí teneis la primera redaccion de *El Siglo*.

* * *

Y vino la segunda, y vino Carlos María Ramirez, otro periodista que tomó la prensa por asalto para no quedarse atrás de su hermano.

Redacta hoy *La Razon*, y por consiguiente guardo mis notas á su respecto para cuando hable de este diario. Carlos Ramirez completa allí su órbita de periodista, y aunque yo solo escribo líneas y rasgos, pienso como Fortuny, que el boceto debe hacerse por lo ménos de tres cuartos y nó de perfil. En *El Siglo* no asomó por entero su cabeza el escritor y el político. Hay por tanto que observarlo en las campañas de *La Razon* para verlo por completo. Ya lo veremos.

Y vino la segunda redaccion, decia, y vinieron tambien, no sé si en peloton ó uno tras de otro, Julio Herrera y Obes, Pablo De-

maría y Jacinto Albistur, de los cuales se ha quedado el último hasta la hora presente de supremas delicias.

Privilegio singular el de *El Siglo!*

Por su redacción han pasado los más notables periodistas del país. No parece sino que fuera ese diario el encargado de dar patente de escritor. Allí había que ir á buscarla hasta hace pocos años, quiero decir, hasta el día en que, imitando á Roma prostituida, legislamos por cohorte y elegimos por centurion en la plaza pública.

Julio Herrera, que no era ménos que nadie, fué á buscar la suya y la obtuvo.

Faltaba en *El Siglo* un dialéctico, un escritor que cuidara de la frase.

José Pedro Ramírez se batía, tiraba con ideas y con todo lo que tenía á mano; Elbio Fernández raciocinaba; Fermin Ferreira hacia vibrar las cuerdas de su lira. Á qué cuidarse del estilo?

Ramírez, no lo necesitaba; Fernández, se bastaba con su lógica; y en cuanto á Ferreira, éste no tenía que hacer períodos rotundos y armoniosos, por la sencilla razón de que ya los tenía hechos en la melopea de su espíritu.

Julio Herrera llenó el claro, y empezó á escribir, nó *cálamo* *currente*, sino *lento gradu*, con la más mala intención, eso sí, pero con toda la nifidez de frase que podía.

Curiosa particularidad! El periodista de la polémica tenía la réplica en la punta de la lengua, pero nó en la punta de la pluma.

Para pasar de la idea al concepto, del cerebro á la mano, era necesario tiempo, y sobre todo, golpes, que en la prensa se aprende á golpes, única escuela en que todavía subsiste el antiguo sistema de enseñanza.

Herrera los recibió y los devolvió con intereses compuestos.

Al principio, sus artículos eran más literarios que políticos.

Se veía en ellos la huella de las lecturas de Figaro, como si el novel escritor hubiera ido á probar sus armas en el arsenal del viejo crítico, pero después abandonó todo sabor extraño para aparecer con el estilo que le era propio y con la esencia de trementina de su invención, (porque la mostaza no bastaba) corrosivo y estimulante de que ha hecho siempre un feliz uso, como pueden atestiguarlo desde Mr. Mac-Coll hasta el primer almirante suizo.

¿Había que alborotar el enemigo? Pues allá iba Julio Herrera con fanfarras, flámulas, banderas y bizarros alardes, hasta que lo ponía en espantoso movimiento.

¿Había que perseguirlo después de la derrota? Pues él acudía y lanzaba sus columnas de editoriales, á la disparada, como caballería lijera, como ballestas, como lluvia de dardos y de balas que llegaban, para valerme de una frase de Gambetta, hasta *sacar de sus guaridas* á los vencidos.

— Cuál no sería la exaltación, el odio, la saña! dirán ustedes

— De quién, de Julio Herrera? — Bah! él? lo que es él se quedaba tan fresco como ántes, y, después de alborotar el campo ó de perseguir al enemigo, se salía con toda tranquilidad por esas calles á preguntar dónde era la pelea!

Las aficciones no se han hecho para su alma. Es Camilo Desmoulins, pero lógico, consecuente, y nó cobarde, llorando á los piés de Robespierre.

Herrera no habría implorado, aunque lo hubieran de matar diez veces, pero habría mirado ahorcar otras tantas á Robespierre y á todos los Robespierre juntos, con la misma tranquilidad con que mira un figurin de modas. Así es el hombre! Se bate, porque se bate — por vencer — este es el lema de su escudo.

Demostrar, convencer, destruir al adversario, todo esto es accesorio. Lo principal es vencerlo. No importa que al día siguiente renazca con nuevas fuerzas y vuelva al combate y convierta una derrota en triunfo. La cuestión es vencerlo por el momento. Que así lo reconozcan, lo digan y lo proclamen todos!

Cómo se vence? De cualquier modo. Con argumentos, sin ellos, con elocuencia, con charla, con distingos y epigramas, con demostraciones profundas, vacías, con anécdotas y cuentos, á punta de dialéctica y á punta de florete, si todo lo demás no basta.

Ese es el periodista que empezó en *El Siglo*, cuidando de su frase, meditándola, cineclándola, y concluyó por ser el más hábil, el más intencionado y el más valiente de nuestros polemistas.

Cuando últimamente, después de un largo silencio, apareció en *El Herald*, nos dijo que había abandonado sus antiguas armas, las cuales yacían colgadas en su panoplia de guerra.

Ciertamente, eran otras las armas que sacó á relucir: armas inglesas.

Los torys, los wighs, el parlamento, Macaulay, Buckle, el Common Law, la tradición, la Biblia, Darwin y Spencer alguna que otra vez — aquello era un encanto de constitucionalidad, de ciencia, de oportunismo, de mansedumbre, de beatitud seráfica, pero se enredó la madeja, se cargo la tormenta, y al diablo fueron las armas inglesas con todo lo que de sajón traía en su nueva panoplia.

Acudió á la antigua, tocó á zafarrancho y empezó á repartir mandobles á diestro y siniestro. — Soberbio el combate, bravo el combatiente!

Yo le aplaudí y le aplaudo todavía sus tiros al jefe de la armada suiza. — Fué un *desenganche* salvador, y no digo más.

Los que no lo hayan visto, ya se imaginarán por estas líneas lo que era Julio Herrera y Obes en la redaccion de *El Siglo*. — Un escritor fácil, elegante, incisivo, y, sobre todo, un polemista de primera fuerza, que no miraba jamás para atrás, aunque estuviera rodeado de enemigos, pero. tampoco para adelante, justicia le sea hecha.

* *

*Pas plus que le sapin ne cesse d'être vert,
Pas plus que le soleil ne renonce au solstice,
Nous n'oublions l'honneur, le droit et la justice.*

Estos versos de Victor Hugo condensan el carácter y las tendencias de otro periodista de *El Siglo*.

Pablo De-María, el más joven de los escritores que componían la redaccion de aquel diario en su segunda época, se hizo notar, en efecto, por la rectitud de juicios, la firmeza de carácter y la fidelidad de causa.

Escribe como siente, y siente como hombre de corazón. — *Mens sana in corpore sano*. — Es una conciencia que se refleja al exterior toda entera.

Nada de sutilezas, ni de vueltas, ni de distingos. — La verdad ante todo y cueste lo que cueste. — *Potius mori quam fœdari*, ese es su lema.

Poeta, presta á sus artículos las galas de la imaginación, pero sin caer en el lirismo insustancial de los espíritus vulgares. Por el contrario, hay solidez en sus ideas, nervio y seguridad en su frase, por lo general ámplia y sonora.

Todas estas cualidades las demostró en la redaccion de *El Siglo*.

No hubo tiempo, sin embargo, para que Pablo De-María nos diera la medida de sus fuerzas en su mayor tensión. El motín lo arrebató de la prensa y lo llevó al extranjero, donde continuó fulminando á los verdugos de la patria, ántes de emprender la marcha de soldado de las instituciones.

Después, no ha vuelto á escribir como redactor de diario, pero sus cualidades de periodista se han de haber aquilatado con el estudio y los años, adquiriendo otras que generalmente no se tienen en la primera juventud.

En *El Siglo*, además de la representación que como co-redactor le era dada, tenía una propia, muy honrosa por cierto: la de la generación que salía entonces á la vida pública.

Pablo De-María podía representarla dignamente; podía levantar su cabeza en nombre de ella desde las columnas de *El Siglo*, porque joven también, apenas de 20 años, recién salido de las aulas, era un brillante heraldado del porvenir: tenía su luz y su fuerza.

De ello dió pruebas inequívocas, abordando con seguridad árdidas cuestiones sociales, manteniéndose con vuelo en la propaganda y avanzando con éxito en la polémica al lado de los viejos combatientes.

* *

Digo los viejos combatientes, y aunque dijera los combatientes viejos, no habría alusión al actual redactor de *El Siglo*, porque yo respeto mucho al Excmo. Sr. D. Jacinto Albistur, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en sede vacante, para llamarle viejo, y porque no lo es, quien, como él, se mantiene firme en el puesto que ocuparon Elbio Fernández, Fermín Ferreira, José Pedro y Carlos M. Ramírez, Julio Herrera y Pablo Demaría, sin dar más muestras de cansancio que las que podría dar cualquiera de estos al empezar su carrera periodística.

Albistur es fuerte como el roble. — Soldado, podría llevar la armadura; periodista, no le pesa el diario. — Vino la edición de la tarde y podría venir la de la noche, que él no había de asustarse por un editorial más.

No quiero yo decir que *El Siglo* fuera un diario irreflexivo, pero la verdad es que cada uno de sus redactores le imprimió el sello de su personalidad: tocóle á Albistur imprimirle la sensatez y el sentido práctico.

Sus artículos, en efecto, son, ante todo, sensatos y prácticos.

Nada de exageraciones, ditirambos y escarceos. Lo positivo, lo justo, lo hacedero, lo posible, (se me fué la palabra) expuesto sencillamente en un lenguaje llano, claro, convincente y por lo general bello en sus giros y en su estructura. No hay que agregar

que es también castizo, porque dudarle sería hacer ofensa á los blasones del literato y del caballero de tantas cruces y encomiendas, ganadas con su ilustración y su talento.

Es Albistur un hombre sumamente irritable y un hombre sumamente tranquilo á la vez. Su voluntad domina los nervios: hé ahí el secreto de esa calma, de esa imperturbabilidad con que siempre se nos presenta.

Llevado de su temperamento, echaría diez peleas por día, con todos, con los otros diarios, con la imprenta, con los vecinos. Ustedes no lo creerán, pero ese es el fondo de nuestro gran posibilista, un fondo de demagogo y hasta de petrolero, — por temperamento se entiende.

La voluntad, la inteligencia, eso ya es otra cosa. Rechazan las sacudidas de los nervios, sofocan el corazón y dirigen movimientos tranquilos, mesurados, juicios imparciales, expresión calmada, á veces contenida y á veces prudentísima hasta el exceso.

Las huellas del oficio! No es uno diplomático durante veinte años y se anda entre cancillerías, palacios, secretos de estado, finas sonrisas que ocultan aviesas intenciones, para venir después á echar la casa por la ventana á la menor desazon. La segunda naturaleza prevalece y cobra imperio sobre la primera.

No intento yo, sin embargo, atribuirle tartufería ni maquiavelismo al actual redactor de *El Siglo*. Lejos de eso, por entre las mallas de su estilo diplomático, aparece casi siempre la natural franqueza de su carácter.

Las formas — *las formas de negociado*, es lo que conserva el periodista. — Sus artículos, aparte las condiciones literarias, han de tener, en su trabazón, las de protocolo, las de *despacho de embajada*. Ni una palabra de más ni de menos, pero dejando claros para poner ó quitar la que ocurra y sea necesaria.

Agreguen ustedes ahora, conocimiento del mundo, espíritu de observación, galas de poeta, criterio seguro en materias literarias, balancín de Blondin, de la Spelterini y de Miguel Alvarez, y comprenderán fácilmente que quien reúne estas cualidades, bien ha podido mantenerse firme entre periódicos que se van y periódicos que vienen, entre gobiernos que salvan y gobiernos que matan. — ¿A quién? — Pregúnteselo á Albistur!

Y tal periodista fué el que vino á la redacción del gran diario en la época de Julio Herrera, si nó antes.

Entonces la política estaba á cargo de Herrera y Obes. Después quedó sólo Albistur y fué aquella de su exclusivo resorte.

¿Cómo la dirigió? Ya lo han visto ustedes. — El diplomático ha hecho buenas campañas.

Inauguró las revistas de la prensa, que fueron durante la dictadura de Latorre una válvula por donde se escapaba el sentimiento público, siquiera fuese en forma de una reticencia, de una ironía, de una palabra dicha con toda la apariencia de la mayor candidez del mundo.

El *posibilismo* (aquí nos descompusimos) ya asomó por aquellos tiempos, pero fué más tarde que se erigió en cuerpo de doctrina.

Dice Albistur que todos rechazan la palabra, pero que aceptan la cosa. — “Á la fuerza ahorcan” — añade. — Démoslo por cierto. No habría de deducirse de aquí que fuera cosa buena el posibilismo y cosa honesta el predicarlo, cuando, si no ahorcan, andan á palos por las calles.

En semejantes gratísimas emergencias, yo habría deseado que el diplomático hubiera hecho paso al demagogo, y si me apuran mucho, al petrolero, supuesta la permanencia en su sitio de combate, como lo es la prensa. — Situaciones extremas, no admiten más que la eliminación ó el extremo.

Primum cedere, deinde philosophare, repite Albistur, aplicando este aforismo á la sociedad, y de ahí que contraiga su pluma á apuntalar lo bueno con todas sus fuerzas y á combatir lo malo á *media fuerza* y según las circunstancias. — “Lo que no tiene remedio, remediado está.” — De acuerdo, pero esto es un hecho, y arriba del hecho, por brutal que sea, está siempre el deber para honor de la humanidad.

No necesita, con todo, de excitaciones extrañas, cuando se trata de apuntalar lo bueno. — Díganlo sus campañas con *El Bien Público* y con todos los clericales juntos.

En ese terreno, como en tantos otros separados de la política ardiente, pelea *El Siglo* sin descanso y sin cuartel.

Argumentos, salidas, citas, vueltas, discusión acalorada, tranquila, académica, silogística, canónica, todo lo emplea y con acierto y con éxito. El campo enemigo apaga sus fuegos y queda en silencio!

¿Vuelve al combate ó tan siquiera corre á las armas? — Pues no bien se forma el primer grupo y aparece una avanzada, cuando ya el diplomático redactor, convertido en intrépido guerrero, está sobre ella, dando la voz de alerta á amigos y extraños, y haciendo un nutridísimo fuego desde las sendas columnas de sus editoriales,

que frustra todas las tentativas y todos los amaños de los enemigos de la enseñanza pública y la libertad religiosa.

Nadie le escatima sobre este punto sus aplausos, porque los merece, porque en verdad es el defensor más convencido y más constante de la reforma escolar, nadie se los escatima, y yo soy el primero en tributárselos, aunque no parto muchas migas con su posibilismo y con su marcha á *media máquina* en los días de tormenta.

Pero terminemos estas notas, si es que de notas no haya de pasar mi pluma, y caractericemos de un solo rasgo al distinguido periodista.

Defiende la buena causa, sin tocar á zafarrancho, eso sí, pero la defiende.

Á él se debe una modificación saludable en nuestra prensa: más respeto por las opiniones ajenas, más cultura en el lenguaje, ménos personalismo en la polémica.

El Siglo en sus manos es una fuerza que pesa en la opinión pública.

Sobriedad, galanura, tacto, intencion, privilegio de hacerse leer en materias áridas de suyo, nada de esto le falta. En cuanto á *posibilismo*, tampoco le falta, sino que le sobra!

Ahí tienen ustedes al actual redactor del diario fundado por Mr. Vaillant hace veintuno ó veintidos años. Conserva la tradición del honor y la libertad, y esto lo dico todo.

* *

— La síntesis ahora, ¿no es eso?

— Nó; ahora guardo mi lápiz para seguir con otros diarios.

— Pero no basta hablar de los periodistas. Es necesario decir algo del periódico mismo, de *El Siglo* — qué hizo éste en sus diversas épocas, qué principios sostuvo, qué bandera levantó, etc.

— Sin duda. — Yo lo reconozco; es necesario decir eso y mucho más. Ustedes han de tener, sin embargo, bastante paciencia para esperar un poco. Tengo que hablar primero de los redactores de *La Razon*. Despues, volveré á *El Siglo* para ocuparme de la política de este diario.

— Y la unidad y la lógica? — Cómo puede olvidarse así, cómo dividir un asunto intercalando otro extraño?

— Vaya unos escrúpulos! — Cómo puede ser presidente un chu-

chumeco? — Á ver! Pues esto sí que es más *irregular* que pasar de un asunto á otro.

— Nó, señor; porque un presidente chuchumeco se explica por....

— Ya lo creo que se explica, y tanto! solo que ustedes no me han de pedir á mí la lógica de la mazhorea, sino del asunto, del estilo, cosas en que no hay que reparar en estos tiempos, so pena de que miétras estén ustedes encadenando dos ideas, les encadenen..... qué? nada, porque ya está todo encadenado.

Conque así, no me pidan lógicas ni unidades de asunto, y esperen á que hable primero de *La Razon* para volver despues á la política de *El Siglo* en sus diversas épocas.

— Saldrán tambien en los *Anales* los retratos de los redactores de aquel diario?

— Sí; en los *Anales* ó en cualquier otro periódico, pero renovaré una advertencia. — Yo no hago retratos, sino líneas y rasgos; á lo sumo, bocetos. No manejo el pincel, sino el lápiz. Para figuras de cuerpo entero, diríjense á Sanson Carrasco, que las hace buenas. — Ejemplo: Arabí Pachá, tomado del natural semoviente!